

Porfirio Barba Jacob

El poeta, dijo un lírico alemán, es el supremo legislador del mundo. Esta afirmación fue hecha en los días del romanticismo universal, cuando el corazón de los hombres seguía dócilmente el itinerario de la alondra, y a tiempo que la libertad se lanzaba a conquistar los espíritus agitando su antorcha que, como la cabellera del día, había sido inflamada en la propia hoguera del sol.

Desentrañad un poco la orgullosa sentencia y os hallaréis delante de una verdad, no por soterrada dentro de las causas históricas, menos patente y necesaria. El poeta, desde los días en que Orfeo hacía resonar los valles del mundo con su lira de cinco cuerdas, hasta la hora actual, en que el instrumento lírico se encuentra enriquecido de múltiples acordes, ha sido por excelencia el director de las almas y el supremo creador de las leyes espirituales.

No designó con ese nombre a los divulgadores de ritmos aparentes sino a los profesores de música interior. Nosotros, los que juntamos sílabas para arrastrar la estrofa, como se agrupan corceles frente al carro, desempeñamos apenas una tarea subalterna y de imitación, y sólo logramos parecernos al mal actor que tiene que teñir de carmines vegetales su manto pobre para suplir la púrpura en que se envuelve el cantor coronado, por cuya boca se expresan los dioses de la armonía.

Entiendo por poeta, ya lo dije, al maestro de las cadencias interiores, al profesor que concierta ideas o emociones sobre la pauta de los ritmos iniciales, al hombre que convierte su idea del mundo en fuerza de su corazón, o en fiebre de sus arterias. En ese sentido el poeta viene a ser una especie de instrumento sicológico para medir la tensión de las corrientes espirituales o morales que cruzan su influencia en determinada época, y resumen en sí todo el calor de la sensibilidad hu-

mana existente en ese momento, pero elevado a su máxima potencia y dotado de virtudes rítmicas que hacen de ese calor una fuerza propulsora y un foco de energía social que mueve las conciencias.

Convertido el poeta, de este modo, en un resumen de las cualidades morales de su tiempo, se transforma, de hecho, en legislador de los hombres puesto que, al devolver todas esas influencias, no lo hace en la forma pasiva como los cuerpos devuelven la irradiación solar, cuando llega la sombra, sino de modo activo, es decir, imponiendo sus normas y ejerciendo la jurisdicción de su espíritu por medio de postulados estéticos que vienen a formar su verdadero código de educación intelectual.

Misión muy alta, en verdad, la del poeta: condensar el ambiente moral de un siglo; registrar minuciosamente todas las ondulaciones de la sensibilidad humana; determinar la dirección de los vientos interiores que agitan los espíritus; precipitar el contenido de las conciencias; aclarar el misterio del mundo; reducir a prisión estética los fantasmas del sueño; sensibilizar las vagas insinuaciones de la pasión o del deseo; concretar el imperceptible gesto de las cosas fugaces y darle plasticidad eterna; destruir lo inmutable y otorgarle la divina virtud de la fragilidad; reducir el universo al cristal de una lágrima o hacer que la lágrima desborde e inunde los senos de la noche; adivinar la tempestad en la hoja que tiembla y hacer de la caída de la hoja un derrumbamiento cósmico; colocar las señales del destino; transmitir el celeste mensaje de la golondrina o de la nube y encender el faro de la esperanza sobre el humano oleaje, cuando se escucha el grito del abismo y el cielo es de bronce a la desesperación de los hombres.

Y todo esto elaborado mediante un proceso doloroso en que la fiebre de la sensibilidad tiene que sufrir el imperativo de la razón ordenadora. Atended al fenómeno: de un lado lo que es producto de simple instinto poético, podríamos decir, como es la emoción inicial que viene cargada de sugerencias a manera del viento que ha atravesado una floresta; la asociación de ideas, que percibe el enlace de cosas aparentemente contrarias, y al trazar el puente que las une, realiza la metáfora o cierra el símbolo con la misma facilidad del pájaro que,



al realizar su parábola aérea, le comunica el pensamiento del árbol a la montaña remota; la memoria que resucita el pasado con todas sus resonancias y suministra el más precioso material poético y, en fin, todas aquellas fuerzas subconscientes que contribuyen a la creación artística. De otro lado, lo que es producto del raciocinio y de la claridad de conciencia, lo que se debe al análisis y a la facultad crítica, lo que la inteligencia tiene que poner como obra del cálculo o en leyes de ponderación y equilibrio.

Me parece que este proceso podría compararse al fenómeno de ebullición: un rumor sordo y una aparente desintegración de volúmenes; pero, de pronto, el milagro de la burbuja perfecta que instala su equilibrio sobre el temblor del agua, y opone su geometría cristalina a la confusión engendrada por el demonio del fuego.

Tal es, sumariamente esbozado, el mecanismo interior que impele la máquina del canto. Aquel que no haya sufrido intelectualmente este proceso escuchará, como el poeta oriental, la voz de su cántaro quejándose por haber sido modelado demasiado aprisa.

Realmente, son pocos los elegidos. Entre el coro de los danzantes hay algunos a quienes la corona de hiedra les hace sangrar la frente. Más que al ritmo de los timbales parecen atender a su propia angustia. Si descomponen el paso, si crisan las manos, si caen en el frenesí, es porque la música de afuera les pareció insuficiente para medir los movimientos de su alma y se entregaron al huracán, como la bandera de las naves.

Váis a conocer a uno de éstos. El mismo se ha retratado en dos líneas: "una vacante loca y un sátiro afrentoso —conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso".

Los que creéis que el poeta ha de parecerse necesariamente al trovador de las estampas románticas, donde las rejas del balcón le cortan la cara a la luna llena, sufriréis sin duda un desengaño cuando aparezca este poeta que en su última metamorfosis fue convertido en un ciprés, y que aún está luchando con la cólera celeste por volver a ser hombre, aunque del árbol triste le quedan todavía las arrugas, y en el corazón un poco de la resina olorosa y amarga.

No os asustéis. El tuvo su primavera.

Las coplas de la montaña natal resonaron en su corazón, como en el hueco de la guitarra, y es seguro que aún tenga en la retina la imagen de cierto pueblo, "donde las brisas huelen a azahar" según nos cuenta él mismo, y donde tuvo la primera visión de una Beatriz aldeana, toda olorosa a frutas, cuya cofia resplandecía en las fuentes como la diadema teológica de la otra, bajo las alas de los ángeles.

Pero un día vino el mandato inexorable. El poeta se fue, sin más provisiones que su racimo de dátiles, y comenzó a descender los círculos dolorosos. Hoy ha vuelto a nosotros; pero viene provisto de su máscara infernal, fundida por la llama. Un perfil de la careta ríe; el otro llora. De un lado adivináis al caballero romántico; del otro a la bestia jubilosa. El que por aquí os dice la palabra de miel, es el mismo que por allá silba la cancioncilla solapada a cuyo ruido acude Mefistófeles.

Pero tened entendido que los dos rostros se funden en uno solo cuando habla el poeta, y que entonces su expresión es franca, apasionada, heroica, porque el hombre ha entrado en el reino de la luz, y el está sirviendo de intérprete a la armonía sideral.

Porfirio Barba Jacob, es el acorde musical con que ahora se designa el poeta.

Como Matías Pascal, personaje de Pirandello, ha muerto tres veces, y tres veces ha quemado su alma en una hoguera de papeles escritos. Para poder renovarse optó por un medio radical: la propia eliminación, rompiéndose la frente contra el espejo que reflejaba su fastidio. Creo que no volverá a hacer la prueba trágica, porque parece que se encontró a sí mismo y se ha jurado fidelidad eterna.

En torno suyo se ha hecho la fábula, y el poeta se ha llamado maliciosamente dejándose envolver en una red de hilos negros y de hilos luminosos de entre la cual ha mirado a los hombres con un poco de burla y un asombro de niño encantado que está preso en el estuche de rubíes de una granada.

Sin embargo, no todo pertenece a la leyenda, "la vida es clara, undívaga y abierta como el mar", se dijo el poeta desde muy temprano, y se lanzó a la aventura con una estu-

penda temeridad de pirata, de modo que muchas veces, poniéndose la mano en el pecho, pudo decirse las palabras de una hemosa criatura que discurre por la tragedia antigua: “¡Es terrible tu corazón! ¡Parece que desea el mundo! Está loco de codicia”.

No ha tenido más norma que vivir su vida, en diversos climas, bajo distintas constelaciones, entregado a la anarquía de sus instintos y desnudando los nervios para sentir más dolorosamente el escalofrío cósmico. Si alguna vez ha ido a purificarse en el agua lustral, hé aquí que el espejo líquido le ha devuelto su rostro, barbado como el de un sátiro, y entonces el poeta, consciente de su sangre animal, se ha entregado con más furia que nunca a los divinos raptos, y ha mordido la manzana que guarda un poco de polvo y ceniza de las ciudades castigadas.

Su acento lírico es casi inconfundible.

Es una voz de bajo, empañada por la emoción, trémula de desgarramientos interiores, y larga como el grito de ciervo herido a la orilla de los manantiales. Ni la trompa épica, ni el galante violín, ni la flauta confidencial son sus instrumentos, sino el violoncelo profundo, esposo de la estación amarilla, intérprete de las pasiones tardías, cómplice de los últimos arrebatos que ya se confunden con el estertor agónico. Es, acaso, una de las voces líricas más puras, que se hayan oído entre nosotros. No está agravada de intenciones metafísicas, ni confía en la virtud del símbolo, como tampoco se desenvuelve siguiendo exclusivamente la espiral melódica, sino que es un escape de emociones muy personales, que se ajustan a un ritmo entrañable, y sólo nos hablan de la angustia de un hombre que hubiese sido crucificado, en desnudez dolorosa, sobre los brazos de una lira de bronce.

Barba Jacob, acabo de decirlo, es un poeta esencialmente lírico, porque sólo canta sus sentimientos. El verso, para él, no es más que el intermedio a través del cual nos cuenta su angustia, o una forma pudorosa y excelsa de acercarnos su alma. Y con todo, es más lo que adivinamos en sus estrofas que lo que éstas dicen, no obstante estar cargadas de sentido, porque la pulcritud y tersura del verso oponen un poco de resistencia al hervor pasional y reducen la temperatura de la emoción. Con todo, qué temblor de huma-

nidad sacude aquellos versos, dotados de sensibilidad propia, diríamos, y casi contráctiles como la piel de ciertos animales a quienes electriza el sólo roce de la mano.

Si hay alguien que se haya desnudado en el ejercicio de su arte, es el poeta de la “canción de la vida profunda”. Sólo que, a través de su divino impudor, no hemos advertido penas mediocres ni pasajeras angustias, ni mucho menos la querella romántica, formada de conflictos caseros y desengaños retóricos, sino una inquietud infinita y lacerante, que no busca consuelos superiores porque gusta de exacerbarse a sí propia, mirando hacia la tierra con agobio de bestia herida.

Poned oído atento a la melodía. El poeta habla a nombre del dolor humano, pero lo hace en forma tan decorosa y tan bella que todos nos apropiamos ese dolor y aún buscaríamos voluntariamente la desgracia para consolarnos después con un verso.

Hay que repetirlo: la angustia de Barba Jacob no es de origen romántico ni obedece a los cambios de la luna. Es fundamental, si se me perdona la palabra, y en este sentido esa angustia le es común con todo sér pensante. Bastarían las preguntas elementales de la filosofía: ¿Qué es el hombre? ¿Qué es el mundo?, si nos las formuláramos todas las noches para no volver a sonreír. Afortunadamente, esas preguntas están bien hondas en la conciencia humana, y sólo afloran a la superficie cuando hay un príncipe loco y enamorado que va a conversar con los sepultureros.

Pero ese príncipe ha dejado parientes.

Barba Jacob se ha preguntado muchas veces por el sentido de la vida, y lo ha buscado en los viajes, en la acción, en las agitaciones políticas, en la sensualidad, pero la esfinge bella y amorosa no ha debido de contestarle nada.

Entonces ha sembrado de interrogaciones el cielo de su poesía y se ha arrodillado en el desierto, con las manos en alto, y ha mirado cómo las constelaciones rodaban en la noche hacia el límite profundo, llevándose la gloria y el misterio de su parpadeo indescifrable.

No vayáis a creer, por esto, que su poesía sea tenebrosa o metafísica cuando, por el contrario, está llena de cielo, cruzada de influencias solares, abierta al campo y perfuma-

da tenazmente como el pañuelo que ha pasado por las manos de muchas mujeres.

Pero allí está su secreto. Ha realizado "el misterio en plena luz". Es enigmático en su misma claridad, como el día o como el diamante. Deja el miedo que nos producen algunas tardes de verano, vestidas de un azul profundo y tan diáfanas que las colinas distantes parecen estar al alcance de la mano, pero al mismo tiempo solemnes y calladas en su esplendor como si la luz se estuviera exaltando a sí misma antes de extinguirse en la noche definitiva.

Los últimos versos de Barba Jacob nos denuncian una evolución sensible. El poeta encuentra la serenidad y el equilibrio. Ha concluído la hora del mediodía juvenil, que legitima todo exceso, y llega al otoño memorioso, cuando el alma convalece de su pasado. Barba Jacob se encuentra en este momento. Supo vivir peligrosamente, según la fórmula conocida, y está rico de emociones y de experiencia, prodigioso de músicas verbales y de bellas imágenes. Le ha dado la vuelta al mundo de las sensaciones, y ahora nos va a contar los encantos de viaje, con tristeza y orgullo de marino encanecido, pero también con la deleitable agudeza de un curioso de la inteligencia para quien el mundo sólo es objeto de conocimiento.

Un día el poeta, hallándose en tierra extraña y frente a los caminos del mar y del aire, pensó en una ciudad. Y buscó en ella refugio transitorio. La ciudad es hospitalaria y generosa. Frente a la placidez de la sabana, que convida al ensueño con sus perspectivas doradas y su bruma de plata, se levantan los cerros, raídos como la piel de león viejo y recortados en aristas agudas como la estameña de un solitario. Enseñan la disciplina de la aridez y del esfuerzo bajo un cielo mudable de color, donde unas veces asistimos al nacimiento de las rosas de fuego y otras veces a la agonía de las violetas enfermas. La ciudad sonrío con sus labios delgados de florentina. Suele erguirse también, y entonces sus cabellos, humedecidos en champaña, se arremolinan sobre sus sienes de sibila colérica. Al besarla la luz no se extenúa porque encuentra afinidades simpáticas en la piedra de que está revestida. La flor de la inteligencia no tiene allí más

que cinco pétalos perfectos, porque ese clima espiritual rehusa las corolas abundantes y la vegetación demasiado pomposa. Es la ciudad que fabrica espíritus con la devoción y entusiasmo con que sus joyeros labran vasos de plata.

RAFAEL MAYA

Profesor de Literatura Colombiana
en el Colegio Mayor del Rosario.

